

ses y hasta las pasiones del pueblo, no hallan obstáculos durables que les impidan influir constantemente en la dirección de la sociedad.

En los Estados Unidos, como en todos los países donde reina el pueblo, la mayoría es quien, á nombre de éste, gobierna.

Esta mayoría se compone principalmente de ciudadanos pacíficos que, ya sea por gusto, ya por interés, desean sinceramente el bien del país. Alrededor de ellos agítanse sin cesar los partidos que procuran atraerlos á su seno y hacerse de ellos un apoyo.

CAPÍTULO II

Los partidos en los Estados Unidos.

Se debe hacer una gran división de ellos para clasificarlos bien.—Partidos propiamente dichos.—Diferencia entre los grandes y los pequeños partidos.—Cuándo nacieron.—Sus diversos caracteres.—La América tuvo grandes partidos.—Ya no los tiene.—Federales.—Republicanos.—Defecto de los federales.—Dificultades para constituir partidos en los Estados Unidos.—Qué se hace para evitarlas.—Carácter ya aristocrático, ya democrático que presentan todos los partidos.—Lucha del general Jackson contra el Banco.

Debe establecerse, desde luego, una gran división entre los partidos.

Es tan vasto el país, que aunque reunidas bajo una misma soberanía todas las poblaciones que le ocupan, no puede dejar de haber entre ellas intereses contrarios, lo cual las coloca en recíproca y permanente oposición. Las diferentes fracciones que hay allí de un solo y mismo pueblo, no forman, propiamente hablando, partidos, sino naciones bien distintas; y si surgiera una guerra civil entre ellas, más bien tendría carácter de conflicto entre pueblos rivales, que de lucha entre opuestas fracciones (1).

(1) La confirmación de estas palabras fué dada por la guerra de Cesesión, entre los Estados del Sur, que aspiraban á separarse de los demás y los del Norte, que mantuvieron la integridad de la Unión.

En esta lucha se manifestó la existencia de una gran oposición de intereses y de dos grandes corrientes de opinión inspirada en ellos:

Los del Norte, demócratas, manufactureros, bastante influidos por las tendencias reformistas, alma del llamado, en la confederación, partido republicano, eran partidarios del proteccionismo, y contaba en-

Cuando los ciudadanos difieren unos de otros en juzgar acerca de puntos de interés igual para todas las partes en que políticamente se halla dividido el territorio, tales, por ejemplo, como los principios generales de gobierno, entonces aparecen los que yo llamaría verdaderamente partidos.

Los partidos son un mal inherente á los gobiernos libres; pero en todos los tiempos no tienen ni el mismo carácter ni las mismas inclinaciones.

Ocurre á veces, que las naciones se sienten atormentadas de males tan grandes, que la idea un cambio total en su constitución política surge en la conciencia nacional, y hay situaciones en que el disgusto es profundísimo, y se halla comprometido el estado social mismo. Este es el tiempo apropiado para las grandes revoluciones y los grandes partidos.

Entre ellos una gran bandería en su favor la emancipación de los negros; los del Sur, más aristocráticos, ó al menos de una burguesía más señorial, tenían por fuente y término supremo de la actividad de su existencia social, la agricultura, y estaban poseídos del espíritu conservador que acompaña siempre á la propiedad territorial y latifundiaria. En las grandes explotaciones de algodón á que generalmente dedicaban sus extensos terrazgos, invertían esclavos negros; y para ellos, pues, por encima de todo ideal de progreso, de igualdad entre los hombres y de política democrática, se hallaba su interés, en conservar la nefanda institución de la esclavitud, siquiera fuese limitada á los hombres de color; y aquéllos aranceles tan simpáticos á los yanquis del Norte, eran mirados con aversión por los del Sur, partidarios del libre cambio. Estos, que daban su mayor contingente al partido democrático de la Unión, defensor de la autonomía de los Estados, habían venido durante mucho tiempo, como acaparando la presidencia de los Estados Unidos, mediante la elevación á la presidencia de ciudadanos de los Estados del Sur, lo cual determinaba ya cierta viva competencia, no exenta de recíproca aversión entre los Estados de una y otra parte.

Amontonáronse más y más los antagonismos; la prensa, el mitin, cuantos medios se podían utilizar para ejercer autoridad mediante la palabra; iban haciendo ésta más cálida cada vez, con los reflejos de las pasiones enardecidas de uno y otro bando. Al fin vino la ruptura; los del Norte sentaron á Lincol en la presidencia; éste decretó la abolición de la esclavitud en la confederación, y la guerra civil estalló formidable.

De tal modo, pues, llegó á concretarse y definirse un completo es-

Entre tales etapas de desorden y miseria en la marcha de las sociedades, hay períodos de reposo en que la raza humana parece recobrar nuevos alientos. Esto no es más que una apariencia, el tiempo no suspende su marcha más por los pueblos, que lo hace por los individuos; los unos y los otros adelantan, día por día, hacia un porvenir que desconocen, y cuando los creemos estacionados, es que no vemos los movimientos de su andar. Son éstas, gentes que marchan, y parecen inmóviles á los que van corriendo.

Sea como fuere, ello es que hay épocas en que los cambios que se operan en la constitución política y en el estado social de los pueblos, son tan lentos é insensibles, que suponen los hombres haber llegado á una situación definitiva de la vida; el espíritu humano entonces cree hallarse sólidamente apoyado en determinadas bases, y no lleva sus miradas más allá de cierto estrecho horizonte.

Y he aquí que éste es el tiempo de las intrigas y los partidos.

Lo que yo llamo grandes partidos políticos, son aquéllos que se atienen más á los principios que á sus consecuencias; á las generalidades y no á los casos particulares; á las ideas y no á los hombres (1). Estos partidos tienen comúnmente características más nobles, pasiones más generosas, convicciones más reales y un an-

piritu nacional en el Sur, frente al general de la Unión, que inspirado por él y como sirviéndole de cuerpo que lo encarnara, surgió allá un nuevo Estado federal, de perfecta constitución y con sobradas energías para bastarse á sí mismo; lo cual le daba derecho á establecerse en persona política soberana, desde el momento en que así lo querían los pueblos respectivos de los Estados particulares que constituían la nueva federación. No era la actitud de los Estados del Sur una actitud facciosa, sino la de naciones, que habiendo estado ligadas con otras, en amparo de comunes intereses, creen que ha llegado el momento en que los peculiares suyos resultarán gravemente perjudicados, de continuar ellas en tal unión, la cual les exige el sacrificio de aquéllos, sin ofrecerles, á su juicio, suficiente compensación.—(N. del T.)

(1) Estas agrupaciones, más bien que partidos propiamente tales, constituyen escuelas ó colectividades extensas en las que un estado difuso de opinión forma el vínculo que enlaza á sus miembros. Yo no creo que merezca el nombre de partido político sino aquella agrupación que pueda presentar soluciones concretas para determinadas cuestiones, que constituyen su bandera y que son recogidas por ellos de entre las que forman las corrientes actuales de

dar más franco y decidido que los otros. El interés particular, que tan importante papel desempeña en los movimientos del ánimo en la esfera política de la vida, se oculta en estos grandes partidos hábilmente bajo el velo del interés público, y á veces llega hasta hurtarse á las miradas de los mismos á quienes inspira.

Los partidos pequeños, por el contrario, comúnmente carecen de fe política. Como no se sienten á sí mismos con elevación ni sostenidos por altos y nobles ideales encarnados en los fines perseguidos por ellos, su carácter tiene tal impresión de egoísmo, que éste trasciende siempre de sus actos. Son dados al ímpetu; su lenguaje es violento y su marcha incierta y tímida. Los medios que emplean son ruines, como el fin que persiguen. De aquí proviene que cuando un tiempo de calma sucede á una revolución violenta, los grandes hombres parece que desaparecen de golpe y que las almas elevadas se encierran en sí mismas.

Los grandes partidos transforman la sociedad (1), los pequeños no hacen más que agitarla; los primeros la orientan, los segundos la depravan; los primeros la salvan algunas veces, aunque para esto hayan de quebrantarla; los segundos la perturban de continuo sin provecho alguno.

La América tuvo grandes partidos, hoy no los tiene. Ha ganado en bienestar, pero en moralidad no.

Cuando llegó allí á su fin la guerra de la Independencia, y se trató de establecer las bases del nuevo gobierno, la nación se hallaba dividida entre dos opiniones, las cuales eran tan antiguas como el mundo, y se las halla bajo formas diversas y diferentes nombres en todas las sociedades libres: la una pretendía restringir el poder popular, la otra extenderlo indefinidamente.

opinión; y atienden más á la eficacia que á los principios, teniendo en cuenta el formulado por Salisbury diciendo: «Hay que proceder en cada caso según las circunstancias». Es claro que los partidos, cuanto más se van determinando y acercando á la condición de verdaderos instrumentos de gobierno, más se van alejando de la indeterminación de aquellas grandes agrupaciones y haciéndose más concretos y prácticos en sus aspiraciones.—(N. del T.)

(1) Más bien debiera decirse aquí que son la sociedad transformada en espíritu y que aspira, más ó menos vagamente, á que este se condense en leyes é instituciones.—(N. del T.)

La lucha entre estas dos tendencias no tuvo jamás en América el carácter de violencia que suele tener en otras partes. Allí se hallaban de acuerdo sobre lo esencial, entrambos partidos. Ninguno de los dos procuraba para vencer destruir un orden inveterado, ni trastornar toda la organización social. Ninguno de los dos, por consiguiente, subordinaba un número importante de existencias individuales á su triunfo. Pero afectaban á intereses inmateriales de primer orden, tales como el amor á la igualdad y á la independencia. Lo cual sería ya bastante para encender violentas pasiones en los partidos.

El partido que pretendía restringir el poder popular, procuraba, sobre todo, hacer entrar sus doctrinas en la constitución de la Unión, lo cual le valió el nombre de *federal*.

El otro que pretendía ser el único que amaba la libertad, tomó el título de *republicano*.

Es América la tierra de la democracia, y por eso los federales estuvieron en minoría siempre, mas contaban entre sus afiliados á casi todos los hombres hechos eminentes durante la revolución, y, así, su poder moral era muy grande. Las circunstancias le fueron favorables.

La ruina de la primera confederación hizo temer al pueblo caer en la anarquía, y los federales se aprovecharon de esta circunstancia. Durante diez ó doce años dirigieron todos los asuntos públicos, y así pudieron llevar á la práctica muchos de sus principios, ya que no todos, pues la corriente opuesta se hacía cada vez más violenta y difícil de contrarrestar.

En 1801, los republicanos se apoderaron al fin del gobierno. Tomás Jefferson fué nombrado presidente, y les prestó á aquéllos el apoyo de un nombre tan célebre, de su gran talento y de su inmensa popularidad.

Los federales se sostenían como partido, sólo por medios accidentales y la ayuda de recursos transitorios. Fueron éstos ya el talento ó la virtud de sus jefes, ya las casuales circunstancias que le facilitaron su elevación al poder. Al llegarles su turno á los republicanos, el partido contrario fué como envuelto por una súbita inundación. Una mayoría inmensa se declaró contra él, y quedó reducido á tan pequeño número de adeptos, que á poco desapareció. Desde entonces el partido republicano ó democrático ha ido

marchando de conquista en conquista, y se ha apoderado de la sociedad entera (1).

Sentíanse vencidos los federales, sin recursos, se hallaban aislados en medio de toda la nación y se dividieron; los unos fueron á sumarse con los vencedores, los otros plegaron su bandera y cambiaron de nombre. Hace ya un buen número de años que dejaron todos ellos de existir *como partido*.

El pronto paso de los federales por el Poder fué, según creo, uno de los más felices acontecimientos que hayan podido acompañar al nacimiento de la gran Unión americana. Lucharon contra la pendiente hacia la disgregación y la libertad anarquizante que ofrecía su siglo y su país. Sean las que fueren la bondad y el vicio de sus teorías, no eran totalmente aplicables al país que tenían propósito de regir; lo que les ocurrió bajo Jefferson, les hubiera ocurrido siempre, tarde ó temprano; pero su gobierno dió, al menos, lugar á la nueva república de elegir dirección y hombres que la condujeran, y permitió que se desarrollaran en ella libremente las mismas doctrinas que habían ellos, los federalistas, combatido. Un gran número de sus principios acabó por introducirse en el credo de sus adversarios; y la constitución federal, subsistente aún, es un monumento perdurable de su patriotismo y su sabiduría.

No hay, pues, en la actualidad, en la Unión americana, grandes partidos políticos. Hay bastantes partidos que amenazan el porvenir de la gran república; pero no hay ninguno que parezca atacar á la actual forma de gobierno ni á la marcha general de la sociedad. Los partidos que amenazan á la Unión se apoyan, no sobre principios, sino en intereses materiales. Tales intereses, que se contraponen y varían entre las diferentes provincias, constituyen con éstas más un vasto imperio de naciones rivales, que no, con sus hombres, partidos políticos. Así es, que se ha visto recientemente al Norte sostener el sistema de restricciones comerciales, y al Sur tomar las armas en defensa de la libertad de comercio, por la

(1) Pero como no hay dirección alguna de la vida, respecto á la cual no se divida la actividad, así colectiva como individual, en sentido progresivo y reformador, de una parte, y en sentido estancadizo y conservador, de otra, el partido que aquí llama el autor indistintamente republicano y democrático se bifurcó, y cada una de las dos nuevas agrupaciones conservó un nombre de éstos.—(N. del T.)

sola razón de ser el Norte manufacturero y el Sur agricultor, y obrar el sistema restrictivo en favor de aquél y en daño de éste.

A falta de partidos grandes, la Unión norte americana hormiguea de partidos pequeños, fraccionándose así hasta lo infinito la opinión pública, sobre cuestiones menudas. No es imaginable el esfuerzo que se hace allí por crear grandes partidos; pero no es cosa fácil esto en nuestro tiempo. En los Estados no existen odios religiosos, porque todas las religiones son igualmente respetadas y no hay ninguna confesión dominante; no existen odios de clase, porque el pueblo allí lo es todo y nadie se atreve aún á luchar contra él; no existen miserias públicas que explotar, porque el Estado material del país ofrece tan extenso camino á la industria humana, que basta dejar al hombre entregado á sí mismo (á sus propias fuerzas, á sus iniciativas, no entorpecerle el paso), para que haga prodigios (1). Es necesario, por tanto, que la ambición sea la formadora de los partidos, porque es difícil derribar del Poder á quien le ocupa, por la sola razón de que se quiera ocupar su puesto. Consiste, pues, toda la habilidad de aquellos hombres políticos en componer partidos; tales hombres, lo que primeramente hacen, es distinguir y analizar sus personales intereses, y ver luego cuáles puedan ser los intereses análogos, á fin de agruparlos en torno de sí mismos; á continuación inventan ó buscan por el mundo alguna doctrina ó algún principio que poner á la cabeza de la nueva asociación, para que tenga el derecho de manifestarse y circular libremente. Esto es como el privilegio real que antiguamente imprimían nuestros antepasados en la hoja primera de sus libros.

Para un extranjero, casi todas las querellas domésticas de los americanos aparecen á primera vista incomprensibles ó pueriles, y no sabe uno si debe mirar con lástima á un pueblo que se ocupa seriamente de semejantes minucias ó si envidiarle la aptitud de ocuparse.

Pero cuando se han estudiado cuidadosamente los instintos se-

(1) Esta última afirmación hará sonreír á muchos y quizá más que á todos á los multimillonarios yanquis: que ya saben ellos que no están para los demás tan expeditos los caminos por donde se alcanza el desahago y la holgura, como compensación al propio esfuerzo de cada uno. Lo que enriquece no es el propio esfuerzo personal.—(N. del T.)

cretos que allí dirigen á las facciones, se descubre al punto que la mayor parte de ellas se subordinan más ó menos á los dos grandes partidos que dividen á los hombres. A medida que se penetra más profundamente en el pensamiento íntimo de estos partidos, se ve que los unos trabajan por restringir el uso del Poder público y los otros por extenderlo.

No diré que los partidos americanos tengan por fin ostensible ni oculto, hacer que prevalezca en el país la aristocracia ni la democracia; pero sí que las pasiones, ya aristocráticas, ya democráticas, se hallan en el fondo de todos aquellos partidos, y que aunque se sustraigan á las miradas, forman como el punto más sensible del espíritu de ellos.

Citaré un ejemplo reciente: dirigió el presidente su acción contra el banco de los Estados Unidos, se impresionó con ello todo el país; las clases directoras se pusieron en general de parte del banco, el pueblo en favor del presidente. ¿Pensáis que el pueblo pudiera aquilatar las razones de su determinación, en medio de los laberintos de una cuestión tan difícil y donde los hombres más experimentados vacilan? De ningún modo. Pero es el banco un gran establecimiento que tiene una existencia independiente; el pueblo, que puede así elevar como destruir todos los poderes, no puede nada contra él: esto le maravilla. En medio del movimiento universal de la sociedad, este punto inmóvil atrae sus miradas, y quiso ver si es que podía quebrantarlo con su pujanza, como podía hacer con todo lo demás.

LOS RESTOS DEL PARTIDO ARISTOCRÁTICO EN LOS ESTADOS UNIDOS

Oposición secreta de los ricos á la democracia.—Se retiran á la vida privada.—Afección que muestran en el interior de sus moradas por los placeres exclusivos y por el lujo.—Su sencillez en las demás partes.—Su condescendencia, puramente afectada, para con el pueblo.

Sucede á veces en un pueblo en el cual se hallan divididas las opiniones, que al romperse el equilibrio entre los partidos, adquiere alguno de ellos una prepondencia irresistible. Destruye todos

los obstáculos, abate á su adversario y utiliza en su provecho á toda la sociedad. Los vencidos por él, se ocultan ó se callan. Hácese una inmovilidad completa y un silencio universal. La nación parece reunida bajo un mismo pensamiento. El partido vencedor se levanta y dice: «Yo he traído la paz al país, se me deben acciones de gracia».

Pero bajo esta unanimidad aparente, se ocultan aún divisiones profundas y una oposición real.

Esto es lo que pasó en los Estados Unidos cuando el partido democrático obtuvo la preponderancia y se le vió apoderarse de la exclusiva dirección de los asuntos políticos. Después no ha cesado de modelar tanto las costumbres como las leyes, á medida de sus deseos.

Se puede asegurar que en nuestros días las clases ricas de la sociedad yanqui, se hallan casi por completo separadas de la política, y que la riqueza, lejos de dar allí un derecho para ocupar el poder, es un inconveniente para conseguirlo.

Los ricos prefieren abandonar la liza á sostener una lucha, casi siempre desigual, contra los más pobres de sus conciudadanos. No pudiendo lograr en la vida pública una elevación igual á la que ocupan en la vida privada, abandonan la primera para concentrarse en la segunda. Forman en medio del Estado como una sociedad aparte, que tiene sus gustos especiales y sus goces singulares también.

El rico se somete á tal estado de cosas como á un mal irremediable, y hasta evita cuidadosamente demostrar que le molesta. Se le oye alabar en público las excelencias del gobierno republicano, y las ventajas que ofrecen las formas democráticas. Porque, después de aborrecer al enemigo, ¿qué puede haber más natural que adularlo?

¿Véis á este opulento ciudadano? Decid, ¿no parece un judío de la Edad Media, que teme que la gente averigüe que es rico? Su compostura es de lo más sencillo, su aspecto de gran modestia; entre las cuatro paredes de su casa se adora el lujo; no deja penetrar en este santuario más que á algunos escogidos, á los que insolentemente llama sus iguales. No se halla en Europa noble alguno que se muestre más exclusivo en sus placeres que el yanqui rico, ni más envidioso aun de la menor ventaja que pueda proporcionar una posición privilegiada. Pero he aquí que sale de su casa para

ir á trabajar en un reducido y polvoriento despacho que tiene en el centro de la ciudad y del campo de los negocios, y todo el mundo puede abordarlo; en medio del camino, acaso, se le acercará su zapatero y él se detendrá á su llegada. Se pondrán entrambos á sostener una conversación. Los dos ciudadanos se ocupan en ella de los negocios del Estado, y no se separarán el uno del otro sin darse la mano estrechamente (1).

En el fondo de este entusiasmo convencional y tras estas formas obsequiosas respecto al Poder dominante, es fácil entrever en aquellos ricos, cierto gran disgusto que les producen las instituciones democráticas de su país. Temen y desprecian el poder del pueblo y si al gobierno democrático de aquel país le amenazara alguna crisis grave, si la monarquía se presentara alguna vez como una cosa viable en los Estados Unidos, se descubriría en seguida la verdad de mi suposición.

Las dos grandes armas que emplean los partidos para triunfar, son *la prensa y las asociaciones*.

(1) Yo creo ver en el mencionado retraimiento del yanqui acaudalado, respecto á la política, su temor á que ésta le robe tiempo y libertad para dedicarse de lleno á sus negocios, y que le obligue á sacrificios por el bien general, que él repugna, pensando, sin duda, que el que vive para los demás, no vive para sí mismo, y el que vive para los extraños, no vive para los propios. En todas partes, el hombre dedicado á los asuntos mercantiles y á las explotaciones industriales muéstrase comúnmente poco afecto á *hacer política*, y con frecuencia se le ve mirar á *los políticos* bastante prevenida y desdenosamente. Y no es extraño que esto salte más á los ojos en un país donde la clase aristocrática está constituida por plutócratas exclusivamente casi, procedentes del mundo de los negocios económicos. Cuanto á su concentración y aislamiento en sus moradas, entra en ello por mucho el espíritu anglosajón. El inglés gusta bastante de la vida de familia, íntima y substraída á intromisiones de personas extrañas. Y por fin, el amor al lujo del angloamericano, bien puede ser un matiz del culto al *confort* que realiza el inglés, llevándole á través de una gradación ascendente en proporción á los aumentos de sus recursos económicos, si bien haya de adolecer en el yanqui, por influencias del medio, de cierto *snobismo*.—(N. del T.)

CAPÍTULO III

La libertad de la prensa en los Estados Unidos.

Dificultad de restringir la libertad de la prensa.—Razones particulares que tienen ciertos pueblos para contener esta libertad.—La libertad de la prensa es una consecuencia necesaria de la soberanía del pueblo, como se la entiende en América.—Violencia del lenguaje de la prensa periódica en los Estados Unidos.—La prensa periódica tiene tendencias que le son propias.—El ejemplo de los Estados Unidos lo prueba.—Opinión de los americanos á cerca de la represión judicial de los delitos de la prensa.—Por qué la prensa es menos poderosa en los Estados Unidos que en Francia.

La libertad de la prensa no hace sólo sentir su poder sobre las opiniones políticas, sino sobre toda clase de opiniones. No sólo modifica las leyes, modifica también las costumbres. En otra parte de esta misma obra, procuraré determinar el grado de influencia que ha ejercido la libertad de la prensa sobre la sociedad civil en los Estados Unidos; haré por determinar la dirección que ha dado á las ideas y los hábitos que ha impreso al espíritu de los yanquis. Pero en este momento no quiero examinar más que los efectos producidos por la libertad de la prensa en el mundo político.

He de hacer constar que no soy partidario de la prensa con ese afecto completo é instantáneo que se concede á las cosas soberanamente buenas por su naturaleza; sino por la consideración de los males que impide, más bien que por los bienes que hace.